

subiendo al coche de prisa para evitar la segunda carga, y aquel parte á escape; pero los muchachos lo persiguen gran trecho con el agudo y discordante estribillo consabido. Solo cuando se cansan de correr y aguardar, desaparece aquella importuna y molesta escolta. Es un hecho curioso el notar la sagacidad con que descubren al padrino: en vano trataria de confundirse entre veinte personas; ellos darian con él instintivamente. En la casa son las congratulaciones, las alabanzas de las perfecciones del niño, las opiniones sobre su porvenir. El padrino tiene obligacion de dar á todos los concurrentes el *bolo*: á las personas graves en moneditas de oro, que no le piden de palabra por su noble desinterés, pero que le salen al paso como para reconvenirlo en su muda actitud por su criminal olvido; á los de menos categoría en medios reales de plata, con el requisito de que sean muy nuevos; y luego á los criados de la casa; y despues á los domésticos de fuera; y en seguida á los allegadizos, y á otros y otros; en fin, nunca parece acabarse esta interpelacion: *padrino, el bolo*. ¿Sabeis de todas estas peripecias, y de ser el personaje principal de la comedia, en qué cosa ha tenido alguna influencia, ya que lo han llamado, comprometido, traído, llevado y molestado? La madre le preguntó antes de la partida cuál nombre le gustaba para el chico;

él creyó que era sin duda con el que debia de bautizarse, y se alegró siquiera con que llevase el de su padre que fué el que pronunció; pero; cuál fué su doloroso desengaño, cuando junto á la fuente del agua bendita fué oyendo que el suyo era el octavo con que lo bautizaron! El primero lo habia señalado la abuela, el segundo el papá, el tercero la mamá, el cuarto la partera, y así otros de menos importancia hasta que llegó el turno al suyo que fué considerado el último en aquella escala santoral. En fin el padrino es el primero en las exigencias y el último en consideracion. Es el ser mas desgraciado del orbe.

El *dia de campo* es el dia predilecto del año para las familias mejicanas, es mas célebre en sus anales que el de *Corpus Christi*, la *Virgen de Guadalupe* ó la *Pascua de Espíritu Santo*; él hace desde una semana antes palpitar los corazones de algunas muchachas con el sobresalto de amor; á algunos amartelados amantes se anuncia su llegada con desvelos, insomnios y vigiliass, y en algunos estómagos seculares por un gruñido carnívoro y prolongado de tripas que pondrian en terror á todo un corral de pichones y pavos, y codornices, y conejos y venados. Por fin llega el suspirado momento, la fecha de eterna recordacion en el libro de la vida que es el de cocina, el mas comunmente preferido en las biblio-

tecas de la época y el mas estudiado por la humanidad civilizada. Todo está listo. Y solo aguarda aquella tribu errante que se asome la rubicunda aurora por los balcones del Oriente á ver pasar la famosa comparsa. Suena la hora ; los coches se llenan ; las sillas de los caballos se ocupan ; las municiones de campaña se acondicionan , y comienza el movimiento. Es ya ese tiempo en que los poetas hallan maravillas , himnos , plegarias ; en que se enamoran de doña Alba , con un candor y una pureza infantil , que hace asomar una risa maligna , compasiva y sabia á mas de cuatro doncellas recatadas ; ahora , tambien es saludada por un coro general ; el suspiro musical de la bella alterna con la tos seca de la matrona , que el aire frio de la mañana vino á delatar muy á su pesar ; el signo de exclamacion del poetaastro , la palabra de táctica del sarjenton , la sentencia de muerte á la salud del prójimo por un mediquin , el juramento del postillon , con los relinchos de los cuadrúpedos y los crujidos de los desvencijados carruajes. Pero ; oh portentoso ! ; cuánto fruto no se saca de esta tertulia movable ! Es una verdadera *gramática animada*. Las *reglas* las asientan los ancianos : los *verbos* los conjugan los jóvenes y sobre todo las hembras , y principalmente el activo *amar*, y ellas hacen el descubrimiento de su nuevo sinónimo *fingir* ; las *comas* las prepara el car-

ruaje con sus repetidos saltos , á que es necesario añadir , por no rebajar su mérito , la cooperacion de nuestros célebres caminos. Las *interrogaciones* las dan los chicos que abundan y dañan , contra el consabido adagio ; las *interjecciones* las bocas no muy timoratas de los domésticos , y los *puntos finales* la estupidez de la mayoría y el buen juicio de pocos. De esta manera se recorre un grande espacio de terreno y se llega al puerto deseado , y se vacian los vehículos y descansan las cabalgaduras. — Ya es un prado , bajo sendos árboles ; ya una alegre casa de recreo ó bien una especie de isleta entre los canales y acequias. Campa allí la tropa bulliciosa de sectarios de algunas deidades mitológicas , y lo primero que hace , es reconocer el terreno , y admirar , por supuesto , esto es de rigurosa consigna , el rosal marchito ; los cuartos húmedos , incómodos y carcomidos , el jardin descuidado é inculto. Despues suena la música y principia la fiesta con los animados bailes , y las jóvenes hacen alarde de todos sus temibles hechizos , de todas sus graciosas coqueterías , para hacer nuevas conquistas , para aumentar el número de sus adoradores. Las viejas , como vivientes ruinas arqueológicas de la belleza , de la gracia , de la ligereza , de la juventud , se contentan con recordar sus buenos tiempos y con murmurar á todas las hermosas que cruzan rápidas y adormecidas en los

brazos de sus felices galanes, pues parece que tienen opio sus palabras. Los ancianos hablan de la política militante porque la analizadora queda relegada á nuestros vecinos los amables yankeis, y en atisbar el piececillo travieso de raso que se asomó por la orla de un vestido elegante, para desesperar á los aficionados, ó en disputar sobre la supremacía de perfeccion entre aquellas hermosas ninfas, que flotan entre olas de crespon, de encajes y de listones. Pero llegó el momento de la comida, á que cada jóven del sexo femenino contribuyó con algun exquisito plato, condimentado bajo su erudita direccion, para formar aquel receptáculo del gusto, aquel iman diversificado del apetito. Pronto van desapareciendo las viandas entre las salvas estrepitosas de los taponés. De repente suenan los gritos de *bomba, bomba*; esto es, que se va á brindar por alguno: todos aquellos diálogos ruidosos, aquellas frases caientes, aquellas peroraciones nutridas ya con el estofado y el roasbeaf, caen en silencio, y solo se oye la voz de algun hijo espúreo de Apolo, de algun desairado de las Musas, que lanza su *bomba* que estalla con la carga de *aires*, de *amapolas*, de *rizos*, de *conchas*, de *piés*, de *ojos*, de *bocas*, de *cejas*, del *martirologio*, de la *mitologia* y de todo y de nada, y que despues de haberse callado sin concluir, es saludado por una tempestad de *vivas*, *bravos* y *palmas*.

Así se va estableciendo aquella batalla de *bombas* sin *chispa*, en que la sangre que corre es el Burdeos, Rhin y Champaña. En cada uno de estos banquetes nacen veinte nuevos vates, cuyas madres son las botellas y su bautismo los licores; así salen ellos. Por fin en aquel viaje del apetito sobre la mesa, se llega á la posada que son los postres, y entonces queda todo vacío, mantel, platos, botellas, copas y por fin las sillas. — Como verdaderos sabios, saben todos que el tiempo vuela, y que no se debe desperdiciar ni aun una migaja de él; por tanto es necesario pasar de un placer muerto á otro vivo, y por esta razon se disponen nuevos elementos de recreo. Los viejos publican las ventajas del columpio, y hasta ven en él un remedio contra la tisis; pero el verdadero espíritu de tan ingeniosa idea consiste en la oportunidad que se presenta para estudiar artísticamente á las hermosas. Ellas que han escuchado tantos encomios, ávidas de impresiones, de movimiento, se entregan á él con los rastros vivos de fuego, y pronto vuelan como sílfides por los aires, y las indiscretas gasas dejan ver, á pesar de sus dueñas, mas de un encanto, que es la corona del triunfo, el premio de los inventores. Pero los jóvenes, que están cansados y son los que dan impulso y vuelo á aquellas cuerdas, y á su dulce carga, dicen que basta porque pueden

marearse las delicadas niñas, pues ven que ellos no sacan fruto y sí trabajo, y se convierten en campeones de los asnos, y pregonan en alta voz un *paseo en burros*. La concurrencia que participa de todas las flaquezas de la humanidad, está por todo lo nuevo, y así es que sin calcular sus peripecias, sustos y riesgos, decreta un voto de gracias al feliz inventor de tan maravilloso descubrimiento. — Se traen los pacíficos andantes, que agachan como de costumbre sus largas orejas en señal de conformidad tácita, como un pueblo que yo me sé, y se distribuye la carga. ¡ Ay ! ¡ alguna es tan dulce y leve ! El amante se coloca de escudero junto á su amada, que tímida busca siempre su deseado apoyo. Y cuando el paso desigual y brusco del cuadrúpedo hace perder á la beldad el equilibrio, que no trata de recobrar por sí sola, ni de guardarlo, el amante afortunado con tan delicioso pretexto la colma de caricias á la faz de la mamá, y tomando sus delicados miembros para salvarla de una caída que está remota, pero que en premio de tan intrépida y desinteresada acción, recibe de los padres de la niña palabras de agradecimiento y miradas de aprobación. Estas escenas se reproducen á cada paso con inmenso beneplácito de ellas y ellos. — Algunas ancianas que audaces cabalgaron, y que por malignidad les asignan los mas briosos de aquellos

animales, besan á menudo humildemente la tierra, pues siempre llega tarde algun comedido y oficioso jóven, y aquella escena se celebra con risas mudas, con carcajadas ahogadas, con miradas de inteligencia de las bellas, y viene á ser la sal y pimienta de la grotesca cabalgata, tan favorable á los enamorados como funesta á las señoras avanzadas en edad, saber y gobierno; menos del asno que se va por donde se le antoja. Por fin despues de haber visitado algun sitio cercano retorna la feliz caravana al lugar de partida, contando los episodios vivos de la memorable jornada. — Vuelve á restablecerse el baile hasta que el importuno tiempo, que no se cuida de la pobre humanidad, ni respeta sus goces, ni se altera por sus penas, les habla por señas de retirarse con las manecillas de los relojes, y les presta la luna para alumbrar su vuelta que es menos bulliciosa y franca que la ida, pues ya pertenece al pasado, y el porvenir es todo de la prosa continua de la vida, hasta que otro año traiga otra página perdida de novela, como esta, ó un album que es el prado consabido, en donde se escriban tantas inspiraciones de la dicha, de la juventud, de la naturaleza y del amor, con el aliento de unos labios encendidos de amor, con el vapor de los vinos, con algunas lágrimas furtivas, con suspiros y risas, con sarcasmos y burlas. — Un viajero debe buscar una

de estas excursiones, debe alistarse en estas filas de personajes curiosos, y contemplar escenas en que todo se halla mezclado, pero que le dará un buen rato para sus filosóficas lucubraciones ó para sus éxtasis y delirios apasionados.

Un *entierro* es muy curioso en nuestro país. — Si es de un niño, y entre la gente de baja esfera, es el motivo del mas inocente gozo. Llevan al *angelito*, como le llaman, todo cubierto de flores, y en la comitiva se cuentan los padres de él; despues regresan al hogar, donde se celebra aquel acontecimiento con baile, músicas y pulque, y algunas veces con alguna riña entre zelosos personajes en que corre sangre de alguna herida. — Pero en la gente elevada, ya es otra cosa. Luego que murió la persona enferma, despues de la junta de médicos, del camilo que lo ayudó ó molestó en su agonía, del testamento, objeto de predileccion de todos, se mandan imprimir unas tarjetas con sus orlas negras ó unas esquelas de duelo, en que se participa la fecha del fallecimiento, y ruegan los parientes, amigos y personas de estimacion del difunto que se hagan sufragios por el eterno descanso de su alma. Comunmente hace tanta impresion en el que la recibe, como si fuese un papel en blanco, y hemos tenido la oportunidad de ver que servia uno de estos tristes documentos á un jóven, presea de la socie-

dad, para la cuenta de su lavandera. — Todos los convidados acuden á pié ó en carruaje, segun su posicion, y vestidos de riguroso luto. La hora comunmente en que se verifica éste último viaje de los mortales, es á las cuatro, habiéndose fijado de antemano en las cartas de duelo. Preceden al fúnebre cortejo los ciriales y la cruz, siguen los muchachos del hospicio con su traje fúnebre y grandes velas de cera en las manos; luego el carro con el ataúd galoneado de oro, y adornado aquel de plumeros negros: los caballos, que son de color subido y con jaeces negros, tiran lentamente del carruaje; detrás viene toda la comitiva en coches con los visos de tafetan, cubriendo las ventanillas de las portezuelas en señal de tristeza. Creereis naturalmente que dentro de esos carruajes habrá rostros compungidos, lágrimas y palabras dolientes. Pues os chasqueais, porque es todo lo contrario. El comerciante va hablando del precio corriente de los abarrotes; el militar de la próxima revolucion que va á estallar; el jóven de sus visitas á la dueña de su voluntad. Y todo esto entre carcajadas, indiferencia, frialdad, como si pasara en una Lonja ó en una tertulia; y del muerto que llevan delante y era amigo, pariente ó protector de los interlocutores, ni una sola palabra ni por casualidad, y hasta olvidan el lugar á donde van, tanto así se entusiasman en

sus razonamientos, hasta que los viene á sorprender el frio aspecto del cementerio. — Se bajan, entran á la iglesia y allí se canta delante del féretro el *Requiem*, y se le conduce al nicho que lo oculta para siempre y que jamás vuelve su presa. — Durante la ceremonia religiosa se ve en los circunstantes pintado el fastidio en sus caras, pues les parece de muy larga duracion, y están impacientes por marcharse; algunos mas descarados desde allí desertan, fingiendo un asunto, y despues, cuando vuelve la comitiva á la casa del difunto, se les ve al través de las vidrieras de un café, sentados tranquilamente, y apurando un enorme helado en compañía de algun conocido. En la casa se halla la familia llorosa, dentro de la sala, cuyos muebles están cubiertos de fundas oscuras, los cuadros vueltos hácia la pared y con cintas de gasa negra, y se ven otros emblemas de pesar. Aquella escena es muda y á media luz, y pronto todos se van despidiendo uno á uno, haciendo un millon de protestas á los dolientes con su persona, sus intereses, sus relaciones, pero tan sinceras que salen rabiando por aquel rato que los privó de ir á los billares, á la peluquería ó á un corrillo donde se hable de la crónica del día; y al entierro asistieron solamente, porque aguardan algunas ventajas de la familia, que es rica, porque de no ser así, una ocupacion forzosa

los hubiera sacado del aprieto. — La puerta de la casa queda cerrada por espacio de ocho dias, en que los miembros de la familia no salen á ninguna parte; pero el tiempo poco á poco va enjugando las lágrimas, y algunas veces parece que estas han sido un bálsamo fecundante que ha renovado el carmin y blancura en las niñas, en la esposa la vivacidad y en los jóvenes la animacion. Las niñas á los quince dias empiezan tímidas á asomarse por los balcones; la viuda sonrie á alguno de los que la visitan y echa cálculos sobre las conveniencias de la vida matrimonial, y antes de ocho meses se la ve del brazo de un hombre robusto, y que ya se titula su marido. Los varones van al paseo en mejores caballos ó mas elegantes carretelas; las niñas frecuentan mas los bailes, y visten de última moda y conforme á las reglas del gran tono. Hay muy nobles excepciones de ese sentimiento, que califica de ridículo, exagerado y loco, la sociedad del siglo xix.

El *paseo de las cadenas* es muy característico en Méjico, y lo forma una banquetta al rededor del cementerio de la Catedral, realizada de trecho en trecho por unos postes redondos de mampostería, y enlazados por gruesas cadenas. Tambien se destacan con regularidad arriates bien tallados de madera verde, que encierran árboles jóvenes que van extendiendo sus frondosas ramas como los protecto-

res ó guardianes de aquel sitio. Este cobra un encanto indefinible cuando á los dulces rayos del astro de plata, se ve á un lado la inmensa plaza reverberando con las multiplicadas y rojizas luces de su alumbrado, y allá muy lejos los arcos de los portales inundados de luz; por la parte contraria se despliega ancha y elevada la catedral que dibuja sus torres robustas é inmóviles en el sereno firmamento. El palacio á un lado cerrando la plaza, con su lisa fachada sembrada de numerosos balcones y ventanas, sus torreones en los ángulos, y su almenada azotea. — Son las ocho de la noche, y noche de luna clara y llena, que en un cielo raso de un azul delicado envía sus destellos insinuantes y voluptuosos. Las estrellas parecen el polvo que levantó su carroza al venir rápida por el Oriente salvando los cerros y los mares. — Algunos grupos de jóvenes, vestidas de ligeros trajes blancos, dirigen sus ojos hácia el disco pálido, que parece el sol de los muertos y de las sombras, el sol de Ossian, y que recuerda ilusiones desvanecidas de amor, memorias gratas de la niñez, esperanzas evaporadas, delirios soñolientos. Cualquiera que las ve de lejos y con fantasía de poeta, creeria que eran bellas ninfas, que habian bajado curiosas á la tierra en los rayos de su luz y que las recogeria en sus destellos al despedirse de la noche. — Otras se mecen con graciosa

coquetería y bañadas de esa luz aperlada y misteriosa, haciendo dudar al que pasa si es alguna de ellas la que vió aparecer ante sus primeros pasos juveniles ó la dueña actual de su corazón, pues el amante cree ver á su amada en todas partes por lo llena que está la mente de su imagen, y se detiene extasiado hasta cerciorarse de la verdad. — Varias se agrupan en las gradas de las altas cruces que se alzan en los ángulos, y parecen los arcángeles de pureza, la guardia de virtud que custodia el signo de la Redención. — Entretanto gira, circula, se roza, se mezcla, se pierde una inmensa serpiente animada, en que cada anillo es un ser viviente, y en ese estrecho y largo pasadizo, allí, son las miradas furtivas y de inteligencia entre los amantes; allí la presión de mano bajo los pliegues de la capa ó de la seda, sin que lo sospeche siquiera ni el malaventurado marido, ni el pobre papá. — Allí se escuchan palabras misteriosas, las flores á oscuras de una poesía de romance personificado. — Allí se ve á una hermosa con su atrevido amante del brazo, exhibiéndolo orgullosa á todo el mundo; mientras el marido va detrás reduciendo al orden á los traviosos chiquillos. — Unos hablan de política; otros formulan sus proyectos comerciales; estos dicen la crónica social; aquellos deliran sobre ciencias y poesía. — Es una verdadera baraja viviente en que

podemos hallar las principales cartas de ella. Aquel es un millonario, un verdadero *Rey de oros*, pues todos los sombreros se quitan á su vista; todos codician su mirada protectora; todos le ceden la acera. Este pertenece á las *Copas*, porque todos los dueños de abarrotes lo saludan por el buen consumo que hace de los licores, y en su marcha salerosa se notan sus propensiones. El que acaba de pasar debe ser *Caballo de espadas*, pues todo el mundo lo mira con respeto, y es el coco de los gobiernos, el susto de los maridos: sus bigotazos finos como la cerda, su gesto bronco, su paso atropellador, lo declaran así terminantemente, y mucho mas su inteligencia que haria honor á un escorzado caballo inglés de sangre pura. — Ni faltan nuevos y ciertos albures: *Apuesto*, dice un mozalvete sentado en un arriate á su perfumado compañero, *apuesto á que CLARA de entre esos sus dos amantes que la van siguiendo para tomar su brazo, en la próxima vuelta, GUTIERREZ lo habrá ganado, porque la quiere con idolatria. — Pues yo no lo creo así, porque ENRIQUE la desprecia y él ganará. — ¡Veremos!* — Despues de que pasan miles de aquellas figuras fugitivas, como las cartas de un albur que se corre, aparece la hermosa con ENRIQUE impasible y frio; mientras que el otro cabizbajo y ardiente en aquel acontecimiento, pues él ignora que ganó perdiendo, va fraguando

mil proyectos para dar nuevas pruebas de amor, atribuyendo su derrota al poco número de aquellas, y el inocente en un año no habia sido otra cosa que el maniquí de la beldad. — Pero sigue esta linterna mágica dando vueltas, y pasando toda clase de fantasmas risueñas ó tristes, hermosas ó grotescas. Las sombras, aclaradas en plácida penumbra ó en crepúsculo nocturno, vienen á dar mas encanto y á realzar con su prestigio las gracias de las bellas, cuyos defectos artísticos los dispersa la luna amablemente. — Cuidado, señor viajero, con ir desprevenido á este paseo, ufano de la libertad, y sin ir armado, mejor que de pistolas, de la razon y la filosofía; sino tal vez volvereis á la posada con unas ligaduras mas fuertes é indestructibles que esas cadenas en que se mecen las mejicanas, y que con una mirada magnetizadora, y una sonrisa coqueta, las arrojarán al corazon para que ya no salga del círculo de sus encantos, y al alma para que las proclame su esperanza, su fe, su amor.

Las escenas del campo son caprichosas, y presentan cuadros dignos de que se traten de consignar por la pluma del viajero curioso. En la época que los rancheros denominan de *los truenos de abril*, se ocupan del *rodeo*, que es la reunion de los animales nuevos que deben marcarse con el fierro de la hacienda, para que conste su propiedad. Pero antes